

RECORDANDO A ANTONIO

Siempre cuando llegaba a Salamanca -y venía al menos dos veces al año, dado que la familia de mi mujer, Pura, es de aquí -me iba directamente al despacho de Antonio, donde ya sabía que iba a encontrarlo a su escritorio, trabajando delante del ordenador, o bien, hojeando un libro. Saltaba en el acto, con una sonrisa grande en la cara, y se lanzaba a correr, dando la vuelta a la esquina de la mesa, con los brazos extendidos para nuestro abrazo habitual. Me invitaba a sentarme, e intercambiábamos algunas palabras sobre asuntos recientes; a menudo tenía alguna separata para regalarme. Pero aquellas conversaciones eran siempre breves: Antonio estaba trabajando, y no tenía yo la mínima intención de interrumpirlo.

Había pasado por su despacho para quedar en salir, él y Maíta, Pura y yo, para disfrutar una noche española juntos.

El trabajo era una cosa para Antonio, y la vida social otra: nunca he conocido a nadie tan ducho en ambos campos, o que supiera mantener las dos actividades separadas tan hábilmente, sin jamás dejar de enterarse de la necesidad de las dos. Ese era una de los motivos porque Antonio tenía tantos amigos, y de gente de toda condición: es que nunca era pedante, nunca hacía la gran figura (¡que era!), con ganas de mostrar su sabiduría superior. Sabía escuchar - y disfrutaba de la gente.

Y así quedábamos de encontrarnos sobre la 9.30, más o menos, normalmente en el *Florida*, un bar, pequeño y agradable, en la Plaza de la Libertad, que ahora se ha cambiado en otro: a lo largo de los años, he estado integrado a la vida salmantina lo suficiente como para saber lo que muchos de los sitios eran antes de que se convirtie-

ran en lo que son hoy en día. Allí, tomábamos una caña y un pinchito, de pie con Antonio a la barra, y me gustaba sencillamente mirar su cara tan alegre, una cara de pura felicidad solo por estar con amigos. Podíamos hablar un rato de nuestros últimos trabajos, algún viaje fuera para participar en un congreso y tal, pero por la mayor parte nos relatábamos chistes o historias divertidas, riéndonos mucho mientras Pura y Maíta charlaban de lo que parecían ser cosas más serias (¡no era muy difícil ser más serio que Antonio y yo!). Antonio normalmente había ya seleccionado un restaurante, siempre uno bueno, y andábamos por allí a eso de las 10 ó 10.30, la hora en que los pudorosos norteamericanos ya estaban en la cama, y nos sentábamos para pedir y comer. A Antonio le encantaba la comida, igual que a mí. Me acuerdo de cuando tuvo una subida de tensión, hacía unos años, y tenía que negarse el placer de tomar los buenos vinos y comida rica. Perdió peso, que decía con frecuencia que quería hacer (de hecho, no era para tanto), sin embargo no estaba contento en absoluto: le decía yo que iba adquiriendo la tez de la lechuga que tanto consumía. De todas formas, nuestra mesa ya estaba llena de entradas o entrantes -nunca estoy seguro de cuál es la palabra correcta (me acuerdo de un chiste sobre la diferencia entre estar dormido y estar durmiendo, pero no lo cuento aquí)- que compartíamos con gusto: no había ningún peligro de que se quedaran restos cuando tenía que ver con Antonio y conmigo. Y charlábamos. Ahora bien, yo creo que una de las señales de una verdaderamente buena conversación, acompañada de vino y varios platos, es que el día siguiente no recuerdas ni una palabra de lo que se dijo, así que el lector no tiene que temer de que vaya a reproducir nuestros comentarios y bromas, que de todas maneras eran pasajeros: el truco para la vida es disfrutar el momento, no intentar embalsamarlo en ámbar. Ese era otro de los secretos de Antonio.

Una vez, Antonio fue a vernos en Estados Unidos, cuando Pura y yo lo habíamos invitado a dar una conferencia en Brown, nuestra universidad, y también en Yale. No me había enterado de que hablaba inglés tan bien -- como hacía todo. Tuvo un exitazo,